

Reflexiones Semióticas

[Semiotic Reflections]

María Teresa Dalmasso*

Resumen

El trabajo despliega un conjunto de reflexiones en torno a una sucesión de hipótesis articuladas entre sí. La más general consiste en plantear que en el proceso de producción de sentido –particular de cada sociedad– interviene la diversidad de prácticas sociales. A su vez, tal proposición encuentra fundamento en otra hipótesis, según la cual, más allá de la función que se le atribuya al lenguaje en la semantización de las prácticas, sería posible advertir cierta distancia entre la forma en que el hombre actúa y aquella en que se construye discursivamente; de tal modo, que estas presuntas discrepancias resultarían substanciales a la hora de dar cuenta de la totalidad del tejido signifiante. El encadenamiento reflexivo, lejos de cerrarse, se abre a un nuevo interrogante: ¿las prácticas no objetivantes constituyen sede propicia para la emergencia de espacios de libertad, de resistencia o de repliegue frente a las imposiciones de la hegemonía?

Palabras clave: Producción social de sentido. Lenguaje y semantización. Prácticas no objetivantes

Abstract

A succession of different inter-articulated hypotheses are exposed and reflected upon. The most general of them deals with the diversity of social practices that the process of the production of meaning –particular to each society– presents. Such proposal is based on another hypothesis, according to which, and beyond the function attributed to language concerning practice semantization, a certain distancing is observed between the way humans act and the way they build discourse: the presumed discrepancy would be fundamental when having to account for the whole of the signifying network. The reflexive chain, far from closing, would open a new question: do non-objectifying practices constitute the right place for the emergence of freedom, resistance or retreat spaces vis-à-vis the impositions of hegemony?

Key words: Social production of meaning. language and semantization. Non-objectifying practices

* Es profesora e investigadora del Centro de Estudios Avanzados y de la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de Córdoba.

¿De qué hablamos cuando hablamos de semiótica?

A nuestro criterio, interrogarnos sobre el estatuto de la Semiótica nos impone asumir, por un lado, que cualquiera de sus definiciones puede y debe ser leída a la luz de los avatares de su historia, de las condiciones de producción que la hacen posible, así como de la *episteme* en la que se integra y que, al mismo tiempo, entraña una decisión del investigador, directamente relacionada con un posicionamiento académico, social e histórico. Es así que los estudios semióticos han sido entendidos, según los casos, como una ciencia, una disciplina, un dominio, una metodología, e incluso una orientación¹.

Dentro del ámbito de las ciencias sociales, caracterizadas por la labilidad de sus fronteras, la Semiótica constituye un caso paradigmático (o extremo) puesto que, si bien construye un objeto que le es propio, cual es la producción social de sentido, su especificidad lo ubica en la intersección con otras disciplinas sociales.

Desde este espacio, y a fin de dar cuenta de la particular manera –siempre ideológica– en que una sociedad construye el mundo y, haciéndolo, se construye, la Semiótica ha desarrollado una serie de instrumentos metodológicos que le son propios y que ha acuñado, en parte, en su relación con otras disciplinas, y muy especialmente en su confluencia con el análisis del discurso y la teoría de la enunciación. Sin embargo, a pesar de un desarrollo metodológico operativo y productivo no sólo para ella misma sino recuperado por otras disciplinas, consideramos que la Semiótica no se agota en una Metodología.

Una cierta vocación epistemológica

Si tal como lo hemos anticipado, la Semiótica tiene como objeto la producción social del sentido, se hace necesario precisar qué presupone tal definición del objeto. Hablar de producción social del sentido es referirnos a cómo el hombre significa el mundo, cómo lo conoce y se relaciona con él o, tal vez mejor, cómo lo conoce en razón de las relaciones que mantiene con él. Este conocimiento del mundo, sostiene y es sostenido por la discursividad social en su conjunto y constituye el Discurso Social².

1 Verón, E. (Artículo que, bajo el título de "Semiótica", apareció en la publicación *Concretar*): "La semiótica se presentó a sí misma como disciplina, pero fue percibida desde un principio, tanto por sus partidarios como por sus detractores, como una orientación: ambición ideológica encuadrada en una definición formal disciplinaria (...)"

2 "Convengamos en llamar 'discurso social' todo aquello que se dice y se escribe en un estado de sociedad, todo aquello que se imprime, todo lo que se habla y se representa hoy en los medios electrónicos. Todo lo que se narra y argumenta, si se plantea que narrar y argumentar son los dos grandes modos de puesta en discurso" (Marc Angenot, 1998:17).

Tal gnoseología está determinada por complejos condicionamientos situados históricamente, que tornan pertinentes ciertos aspectos de la realidad soslayando otros, no por ello inexistentes (Cfr. Luis Prieto, 1975:143-165). Esto nos lleva a postular que para comprender la producción social de sentido es necesario tener en cuenta su pertinencia sociohistórica. Afirmación que nos introduce, a su vez y necesariamente, en el terreno de lo ideológico, tal como fuera definido por Verón (1978:86), es decir, en cuanto concepto analítico referido a esa dimensión de todo discurso que está determinada por la relación entre las propiedades discursivas y sus condiciones de producción.

En consecuencia, si el objeto de la Semiótica consiste en desentrañar el complejo proceso de construcción y representación del mundo en relación con sus condiciones de posibilidad, es decir, recuperar su dimensión ideológica, el análisis semiótico asume el carácter de *aproximación crítica*. Asimismo, esta capacidad crítica –desde nuestro punto de vista, constitutiva de la semiótica– puede y debe volverse reflexivamente sobre sí misma, puesto que su carácter metadiscursivo no la hace ajena a las determinaciones contextuales.

En este sentido, nos parece imprescindible hacer referencia a dos antecedentes fundamentales que abonan esta concepción: Julia Kristeva y Luis Prieto. La primera concibe a la Semiótica como un lugar de contestación y de autocontestación (Kristeva, 1969:34). En cuanto al segundo, el interés de su aporte radica no tanto en asignarle un lugar crítico como en destacar que el propio hecho de reconocerse como aproximaciones situadas sociohistóricamente les confiere a las ciencias del hombre, y en particular a la Semiología, la posibilidad de actuar según una *cierta forma de objetividad* (Prieto, 1975:157-158)³. Más allá de la serie de interrogantes que se abren a partir de este aserto, rescatamos la atribución de una competencia del orden de lo epistemológico. Por otra parte, el carácter crítico y metacrítico conferido a la Semiótica tiene una larga historia, que si bien no abarca todo el campo, no se agota en los ejemplos citados sino que ha tenido numerosos y notables antecedentes, se ha ido consolidando en el transcurso del tiempo y ha dado lugar al desarrollo de la que ha sido denominada Sociosemiótica (Cfr. Eliseo Verón: 1987). A nuestro criterio, y teniendo en cuenta la concepción más generalizada de la Semiótica hoy, los límites de la Semiótica y la Sociosemiótica se superponen, dejando de ser operativa tal distinción.

³ No podemos dejar de observar que esta afirmación nos introduce en otra zona de discusión teórica, aquella que, derivada del influjo del giro lingüístico, discurre en torno a la tensión entre la necesidad-imposibilidad de una metacrítica.

Producción de sentido: sus umbrales

Hasta aquí, hemos intentado precisar cómo entendemos la semiótica y nos hemos referido a su capacidad de análisis crítico, estrechamente ligado a una cierta orientación epistemológica y a un desarrollo metodológico. Nos detendremos ahora en nuestro planteo de base –inspirado en Prieto y en la Teoría del Discurso Social de Angenot– y que consiste en proponer como objeto de la semiótica la economía global de los procesos significantes definitorios de una cultura. El fundamento de esta posición reside en la hipótesis de que la manera particular de producir sentido en una sociedad es el resultado de la interacción entre la diversidad de prácticas sociales. Esta afirmación nos lleva a problematizar la noción misma de producción de sentido y su estrecha vinculación con la de discurso.

Estas dos nociones, prácticamente indisociables en el estado actual de la Semiótica, suscitan insoslayables problematizaciones tanto teóricas como metodológicas. Actualmente la Semiótica, inspirada en los aportes de Bajtín, retoma la definición de discurso en cuanto indisociablemente ligado a las condiciones y al proceso de producción, pero la extiende a fenómenos de sentido inscriptos en materialidades diversas⁴.

La ampliación de la noción de discurso, a nuestro entender, proviene de una doble vertiente. La primera de ellas se conecta con la concepción del lenguaje de Bajtín (Cfr. Bakhtine, 1977), quien, sin resignar la centralidad de la discursividad verbal, afirma que “la trama social no es simplemente discursiva. El discurso no es un registro totalmente autónomo: es un aspecto emergente –si bien con frecuencia decisivo– de un complejo multifacético de relaciones sociales y de poder, que tienen un efecto poderoso sobre el lenguaje y los discursos”. Esta visión implica, simultáneamente, la interacción de las prácticas sociales, así como la capacidad de semantizar las prácticas, atribuida al lenguaje verbal⁵.

Sin embargo, lo que en el presente trabajo nos interesa destacar es la segunda vertiente, la que da lugar a nuestra segunda hipótesis –fundamento de la primera– y que consiste en sostener que, más allá de la función que se le atribuya al lenguaje en la semantización⁶ de las prácticas, es posible advertir cierta distancia entre la forma en que el hombre actúa y aquella en que se construye

4 Eliseo Verón (1980:145-165) expande la noción de discurso al postular que abarca toda manifestación espacio-temporal del sentido, cualquiera sea su soporte signifiante (imagen, gestos, sonidos, etc.).

5 A este respecto queremos manifestar que la comparación de especificidades discursivas diversas nos ha llevado a reafirmar que la variedad de sentidos producidos no son necesariamente reductibles al lenguaje verbal, puesto que la capacidad metalingüística de este último no alcanza para *decir lo mismo*.

6 En este sentido Bajtín/Voloshinov (Cfr. Bakhtine, 1977:33) sostiene que “(...) cada uno de esos signos ideológicos [nota: Se refiere a los signos no lingüísticos], aunque ellos no sean reemplazables por las palabras, se apoya al mismo tiempo en las palabras y es acompañado por ellas, del mismo modo que el canto es acompañado por la música” (La traducción es nuestra).

discursivamente. Estas presuntas discrepancias⁷ resultarían substanciales a la hora de dar cuenta de la totalidad del tejido significativo.

Un planteo como el que acabamos de hacer, que se articula con la complejización de la noción de discurso, desencadena una reflexión que nos retrotrae a una vieja cuestión largamente debatida en Semiótica: la de sus límites o umbrales (Cfr. Eco, 1977:48-68). Dentro de este marco, hemos recuperado una línea de reflexión que nos conduce a sostener que el *hacer*, al constituir un modo de relacionarse con el mundo, es también una manera de *decirlo* y, por tanto, de significar o significarlo. Concebida así la producción social de sentido, la totalidad de las prácticas sociales –aún aquellas cuya especificidad no reside en la objetivación del mundo– devienen susceptibles de ser abordadas en su dimensión semiótica, puesto que, de un modo u otro, intervienen en la producción global de sentido (Cfr. Barthes, 1971).

Lo que acabamos de exponer presupone una distinción tentativa –que atraviesa materialidades y funcionamientos semióticos diversos (simbólicos, indiciales, icónicos)– entre lo que podrían considerarse dos grandes tipos de prácticas sociales: aquellas *genuinamente* semióticas y aquellas otras que, según los contextos, pueden ver activado un proceso de semiotización. Esta diferenciación conlleva el interrogante –que dejaremos abierto– sobre si en ambos casos sería legítimo hablar de discursos o si sólo constituyen discurso aquellas prácticas cuyo fundamento es simbolizar el mundo, construyéndolo e instituyéndolo en el mismo movimiento. Prácticas a las que aquí hemos denominado objetivantes. Es preciso remarcar que incluimos en esta última categoría no sólo a los discursos que tienen como soporte la materia verbal, sino también a aquellos discursos inscriptos en materialidades tan diversas como la imagen (fotografía, cine, tv, etc.) y/o el cuerpo (representaciones, acciones ritualizadas, etc.).

Mientras que, cuando hablamos de prácticas sociales no objetivantes, nos referimos a fenómenos sociales en cuya producción no existe, en términos de Eco (1977:48-68), “una voluntad de significación” (que no debemos confundir con intencionalidad), pero que se constituyen en fenómenos culturales en cuanto son semantizados. Evidentemente, estamos situándonos aquí en los umbrales.

Los comportamientos cotidianos –manifestaciones que, a nuestro criterio, son reveladores del funcionamiento de una sociedad y de su relación con el mundo– quedarían así incluidos entre la prácticas no objetivantes, puesto que se trata, en general, de prácticas cuya función no es significar (más allá de que puedan ser utilizadas *voluntariamente* para ello, como en el caso de una representación

⁷ Discrepancias que justificarian la advertencia de Angenot (1989:35) de no confundir el mapa con el terreno, en referencia a la necesidad de distinguir entre la manera en que una sociedad se conoce y la manera en que funciona.

teatral; o que devengan signos, como sucede con la semantización corriente de un determinado tipo de gestualidad (Cfr. Barthes, 1971:42-44 y Eco, 1977:99-101).

En función de nuestra segunda hipótesis, que plantea la existencia de diferencias y contradicciones entre las maneras en que los sujetos construyen el mundo -se construyen- y las maneras en que actúan, nos interesa particularmente estudiar estos comportamientos y ponerlos en relación con el plano para el que reservamos, sólo provisoriamente, la denominación de discursivo, ya que, como lo formula nuestra primera hipótesis, consideramos que la observación de estas presuntas divergencias -pero también de las convergencias- podrían suministrarnos matices de sentido significativos a la hora de intentar comprender la red compleja de producción de sentido que define una cultura.

Es en este punto donde nos enfrentamos a un nudo problemático de la Semiótica, tanto desde el punto de vista epistemológico como metodológico, y es aquí, justamente, donde creemos que la interacción con otras disciplinas deviene ineludible.

Las dificultades

Si bien sostenemos que para comprender la trama significativa de una cultura es pertinente integrar tanto las prácticas objetivantes como las no objetivantes, a la hora de dar cuenta de la activación del funcionamiento semiótico en prácticas no objetivantes -como queda en evidencia en un trabajo pionero de Roland Barthes (1971) -, constatamos que la mediación necesaria del lenguaje verbal alcanza un alto grado de complejidad, lo que puede generar la impresión de una formulación contradictoria, o aun de haber quedado atrapados en una aporía.

Esto es así porque mientras circunscribimos el campo de la Semiótica a las prácticas objetivantes -incluso cuando el análisis está siempre mediado por el lenguaje-, se establece una suerte de ilusión de proximidad con el fenómeno estudiado (por ejemplo, un discurso verbal, una representación teatral, una obra pictórica). La situación se complica cuando pretendemos incluir prácticas que no tienen por objeto significar el mundo sino actuar sobre o interactuar con él, como lo son los comportamientos cotidianos, entre los cuales, por ejemplo, se distingue a las conductas sexuales o los hábitos de esparcimiento de una determinada sociedad. En estos casos, nos enfrentamos a fenómenos que se ubican en las fronteras de la semiótica (Cfr. Eco 1977:37-68), pero que, sin embargo, pueden ser leídos en clave indicial, ya que constituyen lo que Verón (1987:140-150) denomina "capa metonímica de la producción de sentido". Para abordar el estudio de estas manifestaciones inscriptas en el cuerpo del hombre social, intervienen diversos niveles de mediación simbólica, puesto que, como sabemos, el mundo que conocemos y que podemos decir es el que organizamos simbólicamente. Por esa razón, cuando

hablamos de analizar la manera en que el hombre actúa, cuáles son sus comportamientos sociales, sabemos que, paradójicamente, sólo podemos hacerlo mediante la apelación a *lecturas objetivantes de esas prácticas no objetivantes*. Desembocamos así en un círculo vicioso, puesto que si tomamos las lecturas que los propios protagonistas realizan de sus actos, nos encontramos en el plano de su propio decir. Es aquí entonces donde, a nuestro criterio, se hace imprescindible recurrir al aporte de otras disciplinas: lecturas objetivantes, mediadas por el discurso de los protagonistas, el discurso de los propios investigadores, así como por los respectivos aparatos simbólicos disciplinares; lecturas que, sin embargo –como las del psicoanálisis, de la sociología, de la antropología o de los estudios etnográficos, entre otras–, desde sus distintas perspectivas nos permiten acceder a estas prácticas y nos proporcionan elementos para comprender no sólo la interacción sino también los posibles deslizamientos o contradicciones entre “la manera en que una sociedad se conoce y la manera en que funciona” (Cfr. Angenot, 1989:35).

Creemos que, a pesar de estas ineludibles mediaciones, el análisis comparativo de los distintos procesos significantes, de sus respectivas construcciones del mundo, de las estrategias que les son propias, así como su puesta en relación con las condiciones específicas de las que emergen y que los condicionan, podrá hacerse visible ese plus, ese no dicho que sin embargo se actúa y que deviene significativo.

Un último interrogante y una vuelta al principio

Las reflexiones precedentes, basadas en las presuntas diferencias entre el decir y el actuar y su importancia para la reconstrucción de la trama significativa de una sociedad, están estrechamente relacionadas a otro interrogante, referido al funcionamiento del discurso social y a la manera en que las fuerzas centrípetas y centrífugas que lo movilizan circulan por las distintas zonas de la producción significativa. Retomando nuestra hipótesis previa sobre una cierta distancia entre las prácticas objetivantes o discursivas y las prácticas no objetivantes, nos preguntamos si la hegemonía simbólica se impone con la misma fuerza en esos diversos campos de producción semiótica. Tal vez, en este punto, podríamos aventurar una nueva hipótesis respecto de que, por la naturaleza misma de su funcionamiento semiótico, la capa metonímica de la producción de sentido, la significación inscrita en el cuerpo ofrece resquicios por donde se abren espacios de libertad, de resistencia o de repliegue frente a las imposiciones de la hegemonía.

Estamos esbozando así una hipótesis respecto de que las prácticas no objetivantes funcionarían como sede propicia (tal vez más que las prácticas objetivantes) para la formación de grietas, por donde se colaría más fluidamente el malestar propio de cualquier estado de discurso social.

Si esto es así, se vería reforzado nuestro planteo sobre la pertinencia de que la semiótica transite sus propias fronteras.

Bibliografía

- ANGENOT, Marc (1989) 1889. *Un état du discours social*, Québec, Éd. Le Préambule.
- (1998), "La crítica del discurso social: a propósito de una orientación en investigación" en *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Ed. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- BARTHES, Roland (1971), *Elementos de Semiología*, Alberto Corazón Editor, Madrid.
- BAKHTIN, Mikhail (Voloshinov, V.) (1977), *Le marxisme et la philosophie du langage*, Paris, Les Éditions de Minuit.
- ECO, Umberto (1977), *Tratado de Semiótica General*, Barcelona, Lumen.
- KRISTEVA, Julia (1969), *Sémiotique. Recherches pour une sémanalyse*, Paris, Éd. du Seuil.
- PRIETO, Luis (1975), *Pertinence et pratique*, Paris, Les Éd. de Minuit.
- VERÓN, Eliseo (1987), *La semiosis social*, Barcelona, Ed. Gedisa.
- (1987), "El cuerpo reencontrado", en *La semiosis social*, Idem. (140-150).
- (1978), "Discurso, poder, poder del discurso", en *Anais do primeiro colóquio de semiótica*, Co-edición de Edições Loyola y Pontificia Universidade Católica de Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, 85-97.
- (s.d.) "Semiótica", *Concretar* (Consenso para el crecimiento tecnológico Argentino), Buenos Aires, Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación.